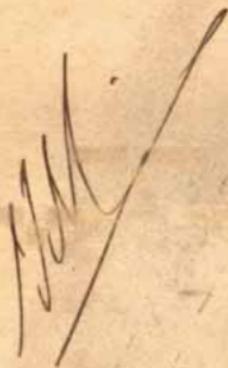


10 (1080-7)

LOS PÁJAROS ERRANTES
POEMAS I DIVAGACIONES

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'PP', is written across the center of the page. The signature is stylized and somewhat abstract, with a long, sweeping stroke extending upwards and to the right.

POR PEDRO PRADO

LOS PÁJAROS ERRANTES

OBRAS DEL AUTOR

FLORES DE CARDO (poesías).—1908.

LA CASA ABANDONADA (parábolas i pequeños ensayos).—1912.

EL LLAMADO DEL MUNDO (poemas).—1913.

LA REINA DE RAPA NUI (novela).—1914.

LOS PÁJAROS ERRANTES (poemas i divagaciones).—1915.

Proximamente

ENSAYOS (sobre la poesía i la arquitectura).

PEDRO PRADO

LOS PÁJAROS ERRANTES

(POEMAS MENORES I BREVES DIVAGACIONES)

IMPRENTA UNIVERSITARIA

Bandera 130—SANTIAGO—

1915

POEMAS MENORES

LOS PÁJAROS ERRANTES

Era en las cenicientas postrimerías del otoño, en los solitarios archipiélagos del sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en el breve crepúsculo, elevan las velas remendadas i transparentes.

Trabajábamos callados, porque la tarde entraba en nosotros i en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban, como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco.

Nubes de púrpura volaban por encima de nuestras cabezas.

I las velas turjentes de la balandra eran como las alas de un ave grande i tranquila que cruzara, sin ruido, el rojo crepúsculo.

Yo estaba con los taciturnos pescadores que vagan en la noche i velan el sueño de los mares.

En el lejano horizonte del sur, lila i brumoso, alguién distinguió una banda de pájaros.

Nosotros íbamos hácia ellos i ellos venían hácia nosotros.

Cuando comenzaron a cruzar sobre nuestros mástiles, oímos sus voces i vimos sus ojos brillantes que de paso, nos echaban una breve mirada.

Rítmicamente volaban i volaban unos

tras los otros, huyendo del invierno, hacia los mares i las tierras del norte.

La peregrinacion interminable, lanzando sus breves i rudos cantos, cruzaba, en un arco sonoro, de uno a otro horizonte.

Insensiblemente, la noche que llegaba iba haciendo una sola cosa del mar i del cielo, de la balandra i de nosotros mismos.

Perdidos en la sombra, escuchábamos el canto de los invisibles pájaros errantes.

Ninguno de ellos veia ya a su compañero, ninguno de ellos distinguia cosa alguna en el aire negro i sin fondo.

Hojas a merced del viento, la noche los dispersaria.

Mas nó; la noche, que hace de todas las cosas una informe oscuridad, nada podia sobre ellos.

Los pájaros incansables volaban can-

tando, i si el vuelo los llevaba léjos, el canto los mantenía unidos.

Durante toda la fría i larga noche del otoño pasó la banda inagotable de las aves del mar.

En tanto, en la balandra, como pájaros extraviados, los corazones de los pescadores aleteaban de inquietud i de deseo.

Inconciente, tembloroso, llevado por la fiebre i seguro de mi deber para con mis taciturnos compañeros, de pié sobre la borda, uní mi voz al coro de los pájaros errantes.

LA PESCA

Vuestros remos hacen que la barca abra en las aguas un surco pasajero.

Como un sembrador arrojo en sus entrañas, de todos estos cantos las semillas.

I el mar se torna inquieto y misterioso con un enorme pensamiento oscuro.

Bullen en él las aguas ajitadas, llenas de olas por nacer, como de múltiples designios imprevistos.

Pescadores, llega el momento. Arrojad la red, que los peces, entre el deseo de las aguas poseidas, se ciegan i enlo-

quecen i acometen resueltos los obstáculos.

Volvamos a la playa, ya es el tiempo; yo os juro que el gran arco que traza vuestra red, encierra una pesca milagrosa.

—¿Una pesca milagrosa?—Oh! sí, no lo dudeis; mas, esperad que no bastan nuestras fuerzas.

—Llamad a los hombres a las mujeres i a los niños; decid que todos vengán, que ninguno prosiga en sus ocios i bajos quehaceres, ahora cuando el mar ofrece su tesoro.

—Incrédulos sonrien, nadie quiere venir.

—¿Dudan? ¡Siempre dudan! Ah! i ved que nuestros débiles brazos nada pueden ante una abundancia semejante.

La dádiva es vana y nos abruma si somos incapaces.

Largad la red; que vuelvan a ser libres
todos los peces repudiados por los que
se niegan i sonrien.

Pescadores, es triste que la duda haga
inútil toda pesca milagrosa.

EL POEMA DE LA BUENA MUERTE

Las manos descarnadas de la abuela,
andan por encima de las sábanas, inquietas
i ciegas i cansadas.

Son dos buenas i viejas arañas que toda
la vida pasaron hilando.

Ahora otra seda las cubre i envuelve,
una seda que hila una araña invisible.

Aturdidas, confusas se quedan; dos
dedos se alzan husmeando el peligro.

Los hijos, los nietos rodean el lecho;
la abuela, entreabriendo los ojos, sonríe...

En sus ojos, la araña comienza su tela.

«—Mis hijos! mis hijos!—les dice—es inútil que alguno desee mi muerte; es inútil que alguien pretenda impedirla.»

Su pequeña cabeza se mueve i su cuerpo temblando se lleva; es el viento mecendo una rama tronchada.

«—Mis hijos, lamento tan sólo el dolor; por la muerte que viene no sufro; no la temo, deseo ni busco.

«I ella acude con faz tan tranquila, que la aguardo i sonrío confiada.

«No trae inquietud lo que ocurre a su tiempo; no es ruido que turbe el que hacen las frutas maduras que caen.

«Os pido que no me lloreis; ante hechos sencillos no cabe el asombro.

«Yo me voi sin saberlo; lo hago como tantas cosas que hiciera indefensa i segura.

«Os daría un consejo, os diría: ¡sed buenos! mas el bien es difícil poder entenderlo.

«Si alguno, en seguida, sufriera, creyendo no haber sentido bastante mi muerte, yo le ruego que no se torture, que ese mismo pensar le confirme su amor escondido.

«Si entendeis mis palabras, no impidais que los niños retocen, ni ahora, ni nunca.

«Llevadles afuera; es malo turbar su alegría con cosas que ellos no entienden.

«Despues, no digais a los niños que he muerto; palabras oscuras... Los niños dirán que sigo viviendo i quereis engañarles; desde entónces perderán la confianza en vosotros.»

En todos los rostros solloza el asombro; no creyeran jamas que la madre sen-

cilla, albergara una voz semejante. Hai uno que trae una ofrenda.

«—¿Flores? ¿Son flores?». «—Sí, son flores ¡ai! madre». «—Gracias, mas nó, es tu cara, mi hijo; en fin, ya no veo, confundo; es la muerte que viene i que hace que todas las cosas se borren, se mezclen i sean lo mismo.»

LA TIERRA

A la tierra la veo, al agua la gusto, al viento lo escucho i lo palpo.

Sólo el tiempo, mas fluido, se escapa; él es como un viento en el viento.

Yo he visto en las rocas el paso del tiempo.

Un grano de vida hacia nacer un líquen rojizo; i la muerte del líquen, un polvo parduzco.

Pasaban los dias, un año, i un musgo pequeño brotaba.

El musgo, ya muerto, era polvo de tie-

rra, en ella arraigaba una yerba, la tierra en la roca crecía.

I semillas, venidas quien sabe de donde, llegaron.

Así he visto a los árboles brotar en las rocas.

Un grano de vida caído en la roca, hizo tierra del aire invisible!

Un grano de vida hizo tierra del paso del tiempo!

Oh! puñado de tierra morena que tengo en mis manos; te palpo, te observo, te escucho.

Inmóvil i muerta pareces, i fuiste el canto del viento que sopla en la tarde, el vuelo invisible del tiempo impetuoso que nadie doblega!

PALABRAS

Tú hablas i, al oír tus palabras, veo i recorro la casa que tú me describes i yo desconozco.

Me rodean, con tal realidad las cosas que en mí tú despertaste, que defino contornos, enciendo una luz y añado detalles.

¡Dios mío! he llegado a tu casa i me he resistido.

¿Donde la casa que tú despertaste en mí mismo? En nada se iguala a esta otra.

Un oculto dolor sobreviene al destruir lo que había soñado, extinguir la luz en-

condida i borrar los distintos contornos que habia construido.

I pienso, en mi angustia, que entónces te hablé de ansias e ideas informes.

Pienso que habrás tú forjado al oirme quien sabe qué historias.

I no puedo llevarte ante ellas i lograr que las veas i cambies tu imájen absurda.

Palabras, palabras... pensemos amigo en todo el engaño que trae este viento tan débil.

Este aire que apénas si mueven los labios.

LOS SECRETOS

MI CANTO

No sé lo que voi a decir. Ignoro lo que voi a cantar.

Mi voz aun está en el fondo de mi mismo.

Sonrio como una madre que siente a su hijo ajitarse en las entrañas.

Al igual de ella, yo no sé si mi canto será rudo como un hombre o tierno como una mujer.

No lo sé; pero estoi cierto de que vive i se nutre silenciosamente.

No lo sé; pero sonrio imajinando su belleza.

Cuando él nazca, yo también estaré entre la vida i la muerte.

I cuando él pueda valerse por sí solo i lleguen mis amigos, yo lo presentaré orgulloso i embelesado.

I él cantará con su voz pura i juvenil.

Mis amigos sonreirán indiferentes i yo no diré nada, nada...

Sólo sufriré, porque sus palabras, como aves perseguidas, buscarán mis oídos con insistencia.

Sólo sufriré, porque mi canto no tiene cabellos que poder acariciar, ni ojos que poder besar, ni cuerpo que proteger entre mis brazos tristes i paternos.

LA ALEGRÍA

No es la primavera, ni es la mañana.
No he andado por el campo, ni el amor
me ha hecho compañía.

No aguardo que se realice una esperanza,
ni tengo presente ninguna satisfacción.

Estoi tranquilo viviendo mi inconciencia
como dormido en el fondo de un lago
que sueña.

Pero he aquí que brota de las aguas
una claridad naciente.

La claridad se hace mayor i sonrio.

Sonrio a la luz que brota de las aguas.
Llega así una alegría pura.

Una alegría sin causa que vaga como
un fuego fátuo.

Nadie sabe el goce que esta alegría
me proporciona.

Ella no nace para consolar, ella no
viene a prometer.

Ella está allí desligada de todo como
una llama, en el aire suspendida.

Una llama que no consume ningun
tronco, ni calienta ningun peregrino.

Ella sólo alumbra i alumbra...

LA FATIGA

Mas silenciosa que la brisa llega para el
contemplador su activa pereza.

Mas suave que un sueño lo envuelve.

Mas espesa que un muro lo aisla.

El está absorto i todo lo ignora i se
ignora a sí mismo.

Sus miradas, como vuelos de mariposas,
caen livianas sobre un objeto como
sobre una flor.

En sus miradas converge toda la vida
dispersa.

Sus miradas brillan sobre el objeto

como los puntos luminosos de lentes que concentran los rayos del sol.

Poco a poco el objeto desaparece disuelto por el fuego i un pensamiento brota como el humo de una hoguera.

Entónces el contemplador vuelve en sí, pasa su mano por la frente i sonríe ante la deliciosa fatiga de un nuevo pensamiento.

EL VUELO

No sé nada i afirmo.

No sé nada i elijo.

No sé nada i ejecuto mis obras i elevo
mis canciones.

Mis dudas no me doblegan; mi igno-
rancia no me abruma.

Como un pájaro inocente, en el arre-
bato de sus trinos, mi propia inconciencia me ha salvado de las acechanzas de una alimaña o de la astucia de un cazador.

Ebrio vuelo por los aires de la vida.

Una incierta verdad i una constante inquietud se posan sobre mis alas.

Debo volar con ellas i escuchar sus voces; pero mis fuerzas pueden fácilmente con su carga i en mis alas hai una sabiduría que yo no sospechaba.

Yo me dejo ir por los rios del viento i cruzo los remansos del aire.

Yo no sé adonde va mi vuelo; pero aun a media noche le siento tan robusto i seguro, que duermo tranquilo, entre mis alas que reman i me llevan hácia un destino desconocido.

OTOÑO

OTOÑO

La buena tristeza de mi sabiduría me dice que el otoño es mas hermoso que la alegre primavera.

En el árbol él hace de cada hoja una flor encendida, en el viento las hojas las convierte en livianas i frívolas mariposas, en los rayos del sol en flámulas brillantes.

Tú, hombre entristecido, cruza esta alameda de otoño, para que las hojas que te ofrezco crujan como seda bajo tus pasos i te recuerden las mujeres amadas.

Yo haré porque otras hojas rocen tu

frente i te finjan caricias o pensamientos perdidos.

En un rincon, donde el viento nada puede, se han reunido las hojas del lecho que te ofrezco.

Reposa en él i sabrás que es blando i tibio, como el lecho de una mujer jóven que hubiese dejado entre las hojas el olor de sus cabellos.

Reposa en él, así verás mas cómodamente el alto i claro cielo que rara vez contemplas, i es posible que duermas i que sueñes; porque el aroma de las hojas secas se parece al perfume de la sabiduría.

LA MUJER FUERTE

Una hermosa mujer pasó entre los hombres con altivez natural.

Acaso aquello no era altivez; acaso era la arrogancia que, a los seres fuertes i tranquilos, infunde la presencia de los seres mezquinos i temerosos.

Envuelta en el primer aliento del otoño, ella reunía todos los valores dispersos.

Fuerte, grande, armónica i bella, no era la vision de un sueño, sino la presencia de una realidad poderosa.

Su edad indeterminada, hablaba mejor de su valer persistente.

Al pasar, tersa la frente al viento doblgado, brillantes los ojos en el fulgor del día, el césped guardó las huellas de sus pies.

I los hombres libidinosos, que no tuvieron fuerzas para sentir a su presencia el menor deseo, mordieron el recuerdo de la que los hizo sentirse ruines i despreciables.

LOS CABELLOS

Yo habia seguido al encantador de serpientes; oculto escuchaba la voz melodiosa que decia:

«A la sombra de estos tilos floridos que embalsaman el aliento de la tarde, entre ramas que se curvan graciosamente, me besan tus cabellos i los cabellos de los rayos del sol.

«Tú no puedes ver la aureola de luz con que te envuelve el reflejo de oro de tu lujosa cabellera. Tú no la puedes ver; pero yo la veo i temo que sea una santa

la graciosa i alegre mujer que hoi se ha cruzado en mi camino.

«Tus ojos, que miran el sol vencido: se hacen transparentes como aguas profundas i cristalinas.

«Tu piel suave, se cubre con el mismo polvo de oro que sólo se encuentra en las alas de las blancas mariposas.

«Los lóbulos de tus pequeñas orejas traslucen tu sangre roja i clara, como vino precioso contenido en pequeñas copas de cristal.

«Mas nada comparable a tus cabellos, breve mujer de un día.

«Tu cabellera, que la brisa peina, brilla como una llama en lámpara de alabastro.

«Yo diria que tus cabellos revelan la riqueza de tu corazon i la maraña de tus pensamientos.

«Son finos como las sedas de las re-

des. ¡Ah! tus ojos acechan la presa que cae i se deja devorar.

«No rias de mis palabras. Yo no tengo belleza alguna, ni la de una curiosa o enérgica fealdad. Yo soi un pobre muchacho encantador de serpientes.

«Desenlaza tus blandos brazos de mi cuello i escucha: pagaré tus caricias con mi sabiduría.

«Oh! mujer; donde quiera que te hi-riese manaria sangre; porque todo está unido en nos por el dolor.

«Mas tú posees un tesoro que cualquiera puede arrebatarte cuando duermes, sin que el dolor diera el grito de alerta.

«I sin embargo, lo llorarias inconsolablemente. Mujer, cualquiera puede arrebatarte el tesoro de tu cabellera!

«Y la cabellera es en tí el símbolo de

la alta belleza. ¿Acaso tú no formas tus cabellos con lo mejor de tu ser?

«Porque ellos se han nutrido de tu sangre; pero se han independizado de tu sangre, pueden, como las voces del poeta o del sabio, resistir i triunfar de la muerte.

«Yo poseo unas trenzas doradas que fueron de una mujer que murió hace muchos años. Como yo las amo i unjo con aceite perfumado, ellas están eternamente jóvenes. Una vez, por olvido, quedaron sobre mi almohada i me hicieron soñar i ver a hermosas mujeres desaparecidas.

«Si quereis vivir despues de vuestra muerte, breve mujer de un dia, dejad a los hombres, como un libro, vuestra cabellera, para que ellos puedan evocar, a su influjo, vuestro blanco i pasajero cuerpo.»

LA LUNA

El barco se mecia en el mar como una cabeza que reposa en el seno de una buena mujer.

El cielo estaba lleno de las primeras estrellas i su mano dormia al abrigo de mis manos.

No hacíamos ningun movimiento, ni proferíamos una sola palabra, pero yo la acariciaba con mi quietud.

Sin mirarla veía que su hermosura acrecentaba la pureza del aire.

Como un vaso lleno de un vino nuevo

que fermenta, una alegría silenciosa desbordaba de mi corazón al igual de la espuma que desciende i corre sin ruido.

Surjia la luna hecha un milagro del mar, i su reflejo, cada vez mayor i mas espléndido, semejava un cardúmen de peces de oro en busca de un alimento maravilloso.

Al ver la luna ella oprimió mi mano. Buscamos ayuda para afrontar el peligro o aumentar el disfrute de la belleza.

«—La luna nos sigue»,—dijo su voz.

I en verdad que la luna parecía unirse a nuestra marcha i seguir el mismo rumbo que nuestro barco.

«—Los buques que ahora cruzan el mar ven cómo la luna huye con nosotros.

«—Tú sabes—le dije—que todo es una ilusión, pero me siento feliz de que

tu injénua fantasía me regale con un sueño absurdo i hermoso.

«Sí, la luna nos sigue, oh! mi bien amada; la luna va a donde nosotros vayamos, i hasta el reguero que vuelca sobre el mar, va en pos de nosotros como la blanca estela que sigue a la popa del barco.

«Mas nuestros ojos no despojan a otros ojos de la luna; nuestro viaje, que la arrastra consigo, la lleva i la deja a un mismo tiempo.

«La luna, oh! mi bien amada, como tantas otras cosas lejanas i grandes, se presenta ante nos, como hecha a nuestra breve medida.

«Ella parece, en la copa del cielo, una fruta dorada, i cada cual la cree suya porque la imagina ligada a sus andanzas.

«I en tanto la luna, oh! mi bien amada,

es el conjunto de todas esas ilusiones parciales.

«No es sólo un camino de luz el que la luna traza en el mar.

«Si nos eleváramos a gran altura, tú verías que ni todo el mar es capaz de contener su reflejo; él también cae sobre los valles i sobre las montañas, sobre el aire i mas allá de la tierra i de toda cosa que pueda acusar que la luz pasa, porque ella surge i se ilumina.»

NUESTRO VIEJO AMOR

Tú no lo sabes, mujer, i son innumerables las cosas que creemos desaparecidas, i es porque se han internado en nuestro corazon.

Vengo de cortar un álamo del alto seto del oriente, a orilla del agua i del camino soñoliento.

Las amarras que en su juventud le retuvieron unido a su vecino, amarras que creia desaparecidas, ahora atravesaban su corazon.

Con mi haz de leña he venido por el sendero, entre las yerbas secas que envuelven las arañas con sus telas.

I he venido sonriendo tranquilamente, al pensar en la fría apariencia de nuestro viejo i buen amor.

EL RECUERDO

Así se lamentaba un adolescente, sentado en las viejas piedras de un camino:

«No sabía ¡Dios mío! el nuevo dolor que me esperaba.

«No basta que ella haya muerto; su dulce imájen, que vive en mi corazón, también se desvanece.

«Cerré los ojos i quise ver viva i danzando a la que ahora reposa para siempre.

«En el silencio de la penumbra de mi habitación quise evocar el acento de su

voz, el gracioso pliegue de sus labios, los gorjeos de sus alegres risas.

«Pero he batallado por modelar una sombra que como niebla se escurre. He luchado inútilmente por rehacer las vibraciones de una campana rota.

«¡Dios mio! si tú sabes que le he sido fiel, que el olvido nada puede con una memoria que ella solamente ocupa ¿por qué no permites, que en la imaginación, la vea i la escuche?

«Yo sé como me miraron una vez sus ojos; yo sé como una vez sonó el cristal de su voz; poseo mil i mil detalles dispersos i, sin embargo, no puedo reconstruir su imájen, que sólo distingo confusa i velada, como las cosas que se ven a traves de las lágrimas.»

LAS PALOMAS

Desperté, porque en el sueño me engañabas.

I sufrí de no poder gritar i lloré sin que mis lágrimas brillasen lo suficiente para que se hiciese luz en mí i en la sombra que me rodeaba.

Grandes golpes atronaban el silencio, como si ladrones abrieran un forado, i era mi corazón.

El sudor humedecía mi frente cuando vino un extraño recuerdo.

Recordé cuando era muchacho i en las

noches oscuras, en busca de pichones, ágil subía al palomar.

Las palomas, ciegas i enloquecidas, volaban azotándose con los invisibles obstáculos.

Recordé la noche en que una paloma chocó contra mi pecho, i agarrándose con sus débiles uñas se quedó allí apegada i con las alas estendidas.

Recordé mi temor i mi ternura; porque, en el silencio de mi actitud, oí contra mi pecho los llamados de su pequeño corazón.

I recordé la larga hora inmóvil en que me ofrecí como el mas quieto i seguro de los asilos.

LOS BROTES

Vejado por unos, ya son muchos los que me huyen i me niegan.

Me duele un nuevo desengaño i vago sin rumbo por callejuelas solitarias.

En frente de la alta muralla que circunda un parque señorial, me siento en un rincón donde las basuras aman tener su conciliábulo.

Día pesado, cielo lechoso. Los postigos de las ventanas se abren tras de los árboles mustios i cenicientos.

Un año hace, cortaron las acacias que

daban una sombra mezquina sobre estas sucias aceras.

Hoy, desde mi duro asiento, veo que las raíces ocultas han brotado, rompen el asfalto levantan las piedras de los cimientos i desaploman las murallas de las casas cerradas para mí.

I no sé por qué el empuje irresistible de los tiernos brotes es un espectáculo que alivia mi dolorido i joven corazón.

EL RUMBO

Cuando las estrellas aparecen tímidas en el cielo morado del crepúsculo, surgen puros i melancólicos pensamientos como nacientes reflejos encendidos por los astros en aguas tranquilas.

Los primeros murciélagos, que salen de los tejados ruinosos, se mezclan a las últimas golondrinas que buscan el abrigo de los aleros; i las ágiles i absorbentes preocupaciones del día se encuentran con las calladas meditaciones nocturnas.

En el comienzo de esta noche de No-

viembre, llena con los cantos de los grillos i con mis inquietudes, veo crecer los astros.

I veo crecer los astros, miéntras recuerdo el pájaro que hoi ví caer a los disparos de un cazador.

Volaba el ave tranquilamente, cuando vino el segundo en que toda la maravilla de su vuelo i de su vida se interrumpió para siempre.

Pero aun en tierra conservaba sus alas estendidas.

Pensando en ello, ya sé que habrá una cosa que no finiquitaré, existe una esperanza que no veré cumplida, moriré dejando algo iniciado.

Mas mi forzado i violento reposo seguirá indicando un rumbo, a semejanza del que conservan las alas estendidas de los pájaros muertos en su vuelo.

EL MAR

EL GUIJARRO

Que poder inestable es el tuyo ¡oh
mar!

Te mueves, cambias, vas i vienes i todo
lo haces dentro de ti mismo.

Porqué tú te bastas a ti propio, yo te
envidio.

Porque aun vives la hora de la accion
que movió el nacimiento del mundo, te
amo como a un abuelo.

Porque cambias i cambias sin descan-
so, comprendo que tu esencia es infinita.

En tus manos de artífice me entrego.

Me entrego como un guijarro que canta,
porque las olas lo pulen i tornan en una
joya. •

En una joya perdida que nadie encon-
trará en la vasta estension de la playa
desierta.

LA ESPERANZA

Jamás barco alguno llegará del mar libre a detenerse en la desierta caleta.

Jamás las olas arrojarán sobre la arena restos de distantes naufragios.

Todo lo llevan, hácia remotos confines, lejanas i poderosas corrientes.

En la costa roqueña i salvaje no hai un indicio que revele la vida del hombre sobre el agua infinita i amarga.

Mar solitario, ajitado i misterioso, nada aguardo de tí i cada día hácia tí me dirijo.

Veo tus olas, i tus olas vienen i vienen
sin descanso.

Broncas se desploman i atruenan el
aire i estremecen la roca en que me poso
como una ave de tempestad.

Veo tus olas, i tus olas vienen i vienen
sin descanso.

Mis ojos que te observan, monstruo
inquieto, las adivinan, las presienten bajo
la tela del agua, en la palpitation que se
insinúa, que se hincha, crece i se levanta,
que va a tomar una forma i a dar naci-
miento a algo que aguardamos.

¡No será sólo Venus la nacida de las
aguas! aun quedan olas i olas incontables.

Allí comienzan, allí asoman otras i otras,
mis ojos se turban ante su número; pero
mi esperanza no se pierde i confía.

LOS ESPLORADORES

Llebadme con vosotros ¡oh! exploradores.

Yo tambien quiero llegar i ver el primero.

Yo tambien quiero bautizar un mar, dar mi nombre a una montaña i buscar, para un rio inagotable, un dictado justo i eterno.

Deseo recorrer una tierra que no haya sido hollada, i fatigar mi atencion contemplando una belleza desconocida.

Deseo que los hombres sigan mis pa-

sos, que cultiven esa tierra i se regocijen con las cosechas abundantes.

Que construyan ciudades donde reine el tráfigo i la alegría.

Que se repartan el suelo i los frutos del suelo, i que se sientan los únicos dueños de la tierra nueva.

Yo no quiero para mí sino el haber llegado a esa tierra cuando ella era vírjen.

Haber bebido en sus valles el aire de la creacion.

Haber tocado sus hombros de princesa encantada i despertado a la que venció al tiempo, porque vivió el sueño de su contemplacion i soledad.

LA DESPEDIDA

Mis amigos ¡adios! Aguardan los remeros con sus remos levantados, i ya el barco despliega su velámen como si los altos mástiles florecieran.

Viajar: placer i tristeza. Quisiera ir i quedarme; quisiera hacer i no hacer al mismo tiempo.

Es triste: a la eleccion llamamos libertad. Mi libertad no quisiera verse obligada a elegir un camino; mi libertad quisiera recorrerlos todos a un mismo tiempo.

Si pudiera hacer i no hacer una accion,

tendria una esperiencia útil. Como no puedo optar sino entre ejecutarla o nó, mi esperiencia vale bien poca cosa.

Mi ser es uno i quisiera desdoblarse. Quisiera observar desde léjos qué silueta dibuja mi cuerpo i saber sí, cuando lloro, yo tambien parezco un miserable.

Mis amigos ¡adios! Miéntras tengamos que elejir no podremos ser felices.

¡Ah! si yo pudiera, como los niños curiosos, escojeria todo a la vez. Escojeria la vida i la muerte.

Quien sabe si ello no os serviria, pues, si comprendiera que con mi revelacion iba a trocar vuestra inquietud, en dolor irremediable, yo no diria nada, nada.

Mis amigos ¡adios! Cuidad de los mios. Ya el barco, con todas las hermosas velas desplegadas, me aguarda.

EL MAR ETERNO

Las aguas de las que beben las plantas, las aguas de las que beben los hombres i los animales, al detenerse se pudren i mueren como todas las cosas.

Ellas corren para no morir, ellas bajan desaladas por las laderas de los montes hácia tí ¡oh mar!

Desde que ellas nacen, te adivinan, te desean, te buscan.

En la cascada claman por tí i blasfeman de tí; en el rio vienen rezando el murmurio de una oracion,

Que no vienen los rios a tu encuentro
¡oh mar! a morir; huyendo de la muerte
vienen i en tí penetran como en el seno
de Dios.

Buscan mezclar sus dulces aguas que
se pudren con tus aguas amargas i
eternas.

Con tus aguas que no se ofrecen a hu-
mildes menesteres, con tus aguas que
quemán las tiernas raices de los árboles
i las suaves bocas de los hombres.

A tí ¡oh mar! fuente de la vida, no te
someten tus siervos.

A tí no te tasan, te doblegan o te
rinden.

Nadie quiera lograr algo del mar por
la fuerza, la astucia o la dulzura.

Lleguémonos a él tranquilos i sumisos,
como llegan los leños a la hoguera,

Entremos en él como entran las aguas de los ríos.

Despidámonos de la solicitud para con nuestros hijos.

Despidámonos del amor i la justicia i dejemos, para siempre, todas las pequeñas preocupaciones de los hombres.

Que ya nuestras aguas amargas no sirvan a ninguno de los seres i de las cosas de la tierra.

I no temamos morir, que de la muerte nos salva el abismo de su eternidad!

LA LIBERTAD

Zarpa el buque. Yo tambien he levado
anclas i cortado todas las amarras.

Instante a instante mi poder decrece.
Cada vez puede ménos mi voluntad a
medida que me interno en el mar.

¿Para qué tener un recuerdo de lo que
ha quedado en la tierra, cuando la tierra
desaparece i se hunde?

Voi confiado a tí ¡oh mar! que puedes
jugar conmigo como con una pajuela.

Voi entregado inerme como una luz a
la solicitud del viento.

Voi i vivo en tí, siendo incapaz de abarcar toda tu grandeza.

¡Ah! padre mío; siento que viene, por fin, mi libertad, traída por la injénua confianza que en tí deposito.

Siento que viene mi libertad, ahora que nada puedo i que soi, en tus manos, como una criatura.

INQUIETUD

INVOCACION AL OLVIDO

Luminoso dia de Setiembre; fresco, tibio i radiante dia, esmaltado con los brotes de las encinas i lleno del húmedo calor que despide la tierra empapada de lluvias.

Dia nuevo i primitivo como el mas puro dia del mundo, alegre de toda juventud, pleno de ímpetus, ebrio de anhelos, derrochador de fuerzas; tú das alas a los locos imposibles.

Como un jóven jactancioso, tú te crees capaz de realizar cada varia esperanza,

cada vano empeño ¡oh luminoso día de Setiembre!

Ya la tierra mas pobre va cubierta de yerbas, las rocas reverdecen i el aire palpitante se incendia con el vuelo de millones de efímeros insectos.

Cobran valor las cosas que dormian, i bajo la vibrante luz del sol ¡oh panorama abierto de los campos! tiembles como una mujer que descubre los hermosos encantos que ocultaba.

Alma mia, ebria i loca, descorazonada i valiente, ansiosa de pereza i de actividad, amante i cruel; alma incomprensible, te siento bullir bajo el fuego del sol; te siento bullir como los verdes aguazales que ahora comienzan a dar forma a los incontables organismos que ocultaban.

Preguntas estrañas me conmueven bajo los dulces árboles, inesperadas asociacio-

nes abren las puertas a las ideas mas recónditas, i angustiado gozo de sentir el paso de mi sangre en torbellino i me satisface la calidad de mi corazon que no estalla bajo el arrebató incontenible de vértigos que remueven hasta las raices de mi espíritu.

Pero ¡ah día de la divina primavera! sabio engaño, tú pones ante los ojos, como cosas nuevas, a viejos moldes inagotables.

No te cansas ¡oh, tiempo! de esta buena farsa? No te avergüenzas ¡oh, viejo marrullero! de llenar de gastadas esperanzas los corazones que, engañados por el brillo de un instante, vuelven a vestir los mismos trajes que ántes desecharon?

Época de apariencias de renovacion, época falaz que pones brillo en los ojos de los viejos i deseos amorosos en sus

labios seniles, época alegre para los que se dejan llevar por el desarrollo de la comedia, yo también quiero solicitar algo de tí, ¡oh pródigo i vano tiempo primaveral!

Hastiado de alegrías inconcientes, hartado de fáciles engaños, despreciando i amando alternativamente a las mismas cosas, i deseoso de nuevos horizontes, mi vida, lacerada de pensamiento, pide que realices en ella la engañosa renovación que la prometes. Regálame sólo con un profundo olvido i yo te seré fiel ¡oh primavera!

Borra de mis ojos, insistentes visiones; borra el recuerdo de todas las palabras que hombres obsequiosos me susurraron; borra mis juicios, preferencias i actitudes, i deja tan sólo la viva fuerza que me mantiene.

Llegue por fin un día venturoso en que me encuentre nuevo, limpio i liviano, i ábranse, ante el espectáculo del mundo, sentidos que asignen a las cosas de la vida sus justos i eternos valores. Los valores ocultos que nos esconde esta vana fiebre de nuestros tristes comercios intelectuales.

Venga a mí el olvido como un divino niño desnudo, i yo le enriqueceré con el oro de una adivinacion profunda.

Lléguese aliviador como un reposo, reconfortante como un sueño; tenga el atractivo de la mas deseada muerte.

Sí; sea él como una muerte pasajera, y pueda renacer en mí el hombre primitivo a imájen i de manos de Dios mismo.

ORACION AL DESPERTAR

Tengo vacío el hondo espacio que el sueño dejara en mí. Todavía oigo su vago i monstruoso murmullo. Conservan mis ojos un turbio recuerdo de la profunda sombra silenciosa. Mi cuerpo créese aun entre las olas oscuras de ese inmenso mar callado.

En esta hora del despertar, inocente de sabiduría, libre de esperanzas, mis ojos vagabundos se detienen un instante sobre cada objeto; levemente los palpan, levemente; pero, cada vez mas inquie-

tos, uno a uno los abandonan i, como vuelos de pájaros prisioneros, mis miradas chocan contra todas las cosas.

Estranjero venido de un país infinito en que ninguna cosa ha menester de límites, mi corazón atribulado no comprende el por qué de esta celda, de estos muebles estraños, de esta ventana por donde penetra un sol pequeño i descolorido.

¡Oh gran sol de medio día para los recién llegados a la vida dispersa eres sólo un nuevo i mezquino detalle en esta hora del despertar!

¿Dónde estabas ¡oh, soll cuando yo dormía? ¿Donde las pálidas luces, los grises caminos, los hórridos pueblos? ¿Donde los oscuros deseos, las trémulas voces, la honda inquietud de mi nueva conciencia?

EL DESEO SIN NOMBRE

Una vez mas mis manos, que se agitan temblorosas, quieren emprender algo desconocido i se estremecen anhelantes por servir a lo que desea ser.

Una vez mas mi garganta henchida es un nido ardiente de voces ignoradas que pugnan por surgir, i que se truecan en silbos angustiosos de flechas que rasgan el aire.

Mis ojos, con el brillo de la fiebre, se abren impacientes por ver lo que debe venir, i mis oídos, obsesionados por do-

lorosa atención, esperan un eco que nunca llega.

Vibra mi cuerpo como la vela hinchada de un barco al paso del vendaval, i como ella no sabe qué hacer para entregarse i volar en alas del torbellino.

Una vez mas, he aquí que me detengo i me pregunto ¿qué deseo? Porque hai un deseo constante que perdura, cumplidos nuestros fáciles anhelos; porque hai una ánsia infinita que supera a toda vana ambición.

Deseo sin nombre, objeto sin forma, finalidad sin límites, tú arraigas como un árbol monstruoso que crece y crece sin cesar, i muere sin que alcance a florecer jamás.

¿Debemos cumplir un propósito ignorado? realizar alguna oculta esperanza? ¡Nadie lo recuerda, nadie!

Porque sólo sabemos que algo deseamos, lloro la memoria perdida del fin y del objeto.

Peregrino poseído de ira i de tristeza, me pregunto ¿a dónde voi? i sin saber qué responder, debo elejir i marchar sin descanso, bajo la hermosura de los cielos hostiles.

Delirante, estrujo mi cabeza entre las manos crueles i la increpo i la torturo como a un ladrón ¿dónde ocultaste mi memoria, dónde? A todos los sangrientos suplicios pido ayuda, pero nunca confiesa, nunca!

I caminando, lloro mi desventura, i el viento del desierto seca mis lágrimas antes de nacer.

I veo, así, a mi paso, cómo los hombres ante la muerte, inquietos, desesper-

rados, sin deseos de partir, conscientes de no haber cumplido, lloran la crueldad del destino que, en la memoria perdida, dejó un deseo sin nombre!

BREVES HISTORIAS

EL HEREDERO

Mi padre murió. Soi el dueño de sus viñas, de la antigua casa de adobes i del verde valle que encierran las colinas. Todo es mio, únicamente mio.

Me perteneces viejo sauce centenario; tu amo es el niño que a tu sombra reposa i te observa.

No murmures con las agudas i finas lenguas de tus millones de verdes hojas.

No te burles, viejo; eres mio i me debes acatamiento.

Eres mio, es decir... ¿Qué quiere decir

que una cosa sea mía? ¿Qué me debe obediencia? ¡Te mando, viejo, que me lo digas!

Murmuras i murmuras ¡habla alto que yo te entienda! ¿Acaso no lo sabes? ¿Dices que nadie lo sabe? ¿Es eso lo que me has dicho?

Explícate claramente. Tu voz no la comprendo bien. No te comprendo bien i eres mío ¿es posible que esto suceda? Tú tampoco me comprenderás. ¿Cómo vas, entónces, a obedecerme?

EL PÁJARO MUERTO

Bajo las ramas de unas vides silvestres, dos niños pequeños encontraron un pájaro muerto que ya perdía el lustre y los azules cambiantes de su negro plumaje.

El niño lo vió el primero; pero fué la mujercita quien lo tomó entre sus brazos i lo adoptó como hijo querido.

Ella no permitía que su hermano curiosara en el pájaro muerto, i hacía jestos que indicaban cuánto se preocupaba de no turbar su sueño.

Cada hora, de los días que siguieron, trajo i ofreció un interes distinto al espíritu veleidoso del niño; sólo la madrecita fué fiel a su constante i único amor.

Llegaba la noche i la luna la sorprendia arrullando a su hijo con canciones sin sentido, mui semejantes a las canciones de los pájaros.

Cantaba un medio dia, sentada en el quicio de su puerta, bajo las movibles sombras de las madreselvas.

Un olor malo i molesto turbaba su voz; pero luego su acento volaba alegremente, como el humo de las fogatas campesinas.

El olor malo persistia. La madrecita quedó pálida i silenciosa cuando, entreabriendo las ropas que cubrian a su hijo, vió que, por el cuerpecillo del pájaro muerto, andaban los gusanos.

Arrodillada lloraba su asombro; el hermano acudió a los lamentos de la hermana.

Turbado ante el pequeño pájaro que desaparecía, el niño tomó a la madrecita de la mano i la llevó léjos.

I como si él supiese algo, confuso pero lleno de vanidad, trató inutilmente de explicar lo que ninguno de ellos comprendía.

LAS ROSAS

Al iniciarse Marzo con sus tardes revueltas, i cuando el viento dice que viene a sacudir las hojas polvorientas i sólo viene a enamorarlas, para huir con ellas, yo recorro los rosales de mi jardin.

Comienza entónces para mí una penosa i triste tarea, que aun no termino cuando las nubes cárdenas del poniente se abren i dejan filtrarse una repentina i viva luz dorada.

Al recorrer mis rosales, he ido suprimiendo los pequeños frutos que se hin-

chan, después de haber volado los últimos pétalos.

Si sonrío ante la vana ambición de mis rosas, no permito que crezcan los frutos mezquinos que sólo roban las fuerzas de rosas que vienen:

Como buen jardinero, si nunca perdono, nadie sabe qué profunda alegría recibo si contemplo un rosal de fruto infecundo.

Le venero i admiro como a un hermano mas sabio que concentra en sus flores el objeto de toda su vida, i logra que sus rosas brillen como oraciones.

Así debieran brillar las mias, si no me torciera la vana ambición; así debiera yo, inconsecuente jardinero, alabar la sabiduría de Dios, i acatar con regocijo el humilde i único destino que me ha señalado.

LOS NIÑOS

RESPUESTAS A LOS NIÑOS

Los niños, al mantener la interrogación, traen viva a nuestra incertidumbre. Son los que hacen las preguntas fundamentales. Nada de nimiedades, ni de equilibrios, ni de sutilezas.

Como las aves, cruzan en línea recta por sobre bosques enmarañados.

— ¿Qué es una piedra, padre?

— ¡Hijos míos, mi corazón conmovido os bendice lleno de admiración!

Bienvenidos sean los niños, bienvenidos sean los espíritus nacientes, porque

saben formular estas asombrosas interrogaciones ¿qué es una piedra, padre?

Vergüenza me daría ante vosotros, hijos míos, si respondiese con palabras científicas, que nunca a nadie revelaron nada. Roja vergüenza cubriría mis mejillas, si como un charlatan, ahuecara la voz i mancillase con vulgaridad vuestra inocencia.

Entre los hombres suelo encontrar algo que decir; pero ante vosotros, mi alma tiembla como ante seres divinos. ¿Qué es una piedra? Dadme ese guijarro. Bien comprendéis vosotros ¡oh niños insaciables! que un guijarro no es todo lo visible de un guijarro.

Saber es lograr que las cosas se tornen transparentes como cristales. Entonces la mirada, léjos de tropezar en ellas, las atraviesa, i sus contornos son como

marcos de ventanas que se abren. I así, una cosa sólo vale por la nueva perspectiva del mundo que ella encierra i nos ofrece.

LA BUENA MENTIRA

Apénas si cuentas tres años i ya tu actitud es seria i retraida.

¡Oh, el vivo recuerdo, hijo mio, del dia en que dijiste la primera mentira! Todo está aun, en mí, presente: una nube quieta i redonda brilla en el cielo i las hojas no cesan de caer.

Sólo proferias balbuceos, pero ellos te bastaban para mentir. Admirado e inmóvil quedé. Mi corazon, lleno de orgullo, acariciaba a tu mentira como un dia mis manos acariciarán a tus hijos. ¿Es posi-

ble? me repetía. I mi entusiasmo enternecido se llenaba de lágrimas.

Nos parece que nuestros hijos, que acaban de nacer, van a morir; tan frágiles son i, sin embargo, viven i sonrien satisfechos. Comprendemos, entónces, que nuestro orgullo no debiera ser; porque ¿qué parte intelijente nos debe el milagro que nuestros hijos ofrecen? Les proporcionamos abrigo, i ellos se sosiegan i duermen. Les damos alimento, i lo hacen carne i espíritu. I un día, día de regocijo, hablan; i otro día, día de meditacion, mienten.

Como el temor no enjendró tu primera mentira, pasé de la duda al augurio. Hace un instante se ha confirmado ese augurio.

Estábamos a la hora del atardecer, en el jardín, al lado de la fuente. Llegaban brisas i vuelos de campanas. El agua ri-

zada hacia danzar el reflejo del brillo naciente de la luna, i la tierra, húmeda por el riego, perfumaba el aire como no lo haria ninguna flor.

En un comienzo, no puse atencion; pero luego me senté en el brocal dispuesto a escucharte. La historia que referias era una historia completa:

La casa que habitamos i que construyó el abuelo, tus brazos la habian levantado. La fuente, donde nadaba el pez de plata de la luna, tus manos la hicieron. Las flores i los arboles se debian a ti.

—«Trabajé mucho, mucho», me decias.

Pero al leer en mi rostro la incompreension, tu voz se hizo temblorosa i tus ojos se llenaron de tristeza i de reproche.

Me huiste, pero te alcancé; batallabas por no levantar la cabeza; pero mis cari-

cias imploraban tu perdon. Tu alma, aun herida por mi ingratitud, queria escapar.

«—Sí, hijo mio, sí; tú lo hiciste todo»
—esclamé por fin.

«—Sí—afirmaste—yo hice la casa, la fuente i las flores.»

I tu voz, trémula por la emocion, estaba llena de verdad.

CANCION

Duerme, hijo mio; duermel

Así, en mis brazos, acurrucado como un pajarillo. Mis brazos son como ramas aparentes para sustentar un nido; mi pecho, firme i enhiesto, como tronco de un árbol; i el murmullo de mi cancion, como viento de la noche sonando entre las hojas.

Duerme, hijo mio; duermel

En el dia, como vives ansioso de libertad, si mis brazos te retienen un instante, pesan para ti como una cadena.

Siempre tienes prisa, siempre! Tus besos sólo rozan mi frente; tus manos insinúan una caricia, se acercan y desisten. Tu alegría nace cuando vuelves a tus saltos i carreras. Tu alegría nace al dejarme, hijo mio!

Duerme, duerme, que todo es sombra en torno nuestro!

Tu cuerpo pesa como un pájaro herido, i el ligero calor que despide es mas suave que el roce de la brisa. En el dia, cuando por un momento estás serio i me oyes, escuchas a la vez mil otras voces que yo no distingo. Conversas con todos los objetos familiares, i sabe Dios qué historias te cuentan que tu alegría vuelve. Cuando atiendes a lo que ellos te dicen i me dejas, tu alegría vuelve, hijo mio!

Duerme, duerme, que todo ruido ha

cesado. Es la hora en que los muebles crujen; la hora en que los grillos cantan desde algun rincon, ocultos.

Tu cuerpo es como un regalo que llevo i que traigo. I voi i vuelvo infatigable como aquel peregrino que no encontró a nadie digno de recibir su ofrenda.

Hijo mio, eres indiferente para conmigo i a tí me ofrezco. Pero mi loca insistencia logra, a veces, que parte de mi amor sea por tí aceptado. Entónces mi alegría nace! Cuando tú aceptas algo siquiera de mi dádiva continua, mi alegría nace, hijo mio!

En el día me huyes. Un día me huirás por largo tiempo. En la noche te acercas. Una noche llegará en que estaremos unidos para siempre.

MALEZAS

VAGABUNDO

Sí, soi un mendigo ¿por qué reprochármelo? ¿No le sirvo a Su Señoría para que ejercite buenas acciones? ¿Esas buenas acciones no le traen un poco de tranquilidad?

Alegraos a mi paso ¡oh tristes hermanos míos! os presento una oportunidad nunca vista, un negocio estupendo; por una ínfima moneda rescatareis vuestros pecados canallescós, haciéndoos gratos ante los ojos del Señor. ¡Pensad en

lo que sería de vuestra maldad si yo no existiera!

Por añadidura os embelesaré con los melosos cantos del agradecimiento: «gracias, Su Merced; que viva muchos años, que Dios le bendiga i le pague con la gloria del cielo, su caridad».

Antiguamente, nosotros maldecíamos a los mezquinos, i las infelices jentes, temerosas de nuestros maleficios, nos socorrian. Hoi nadie cree en tales patrañas, i mas de una vez nos responden sobre las costillas. ¡Ah! pero nos queda la bendición, ella nos es suficiente. Siempre habrá hombres lo bastante estúpidos que desprecien a los adivinos i sonrian regocijados ante los buenos augurios.

I por esa suma tan insignificante, os dareis el raro espectáculo de contar en el

pais con un hombre libre i perezoso. Qué cuadro más emocionante!

Al cruzar por las calles, bajo los diluvios del invierno, regalo a los que me ven a traves de los cristales de sus mansiones, más abrigo que sus pieles, que sus chimeneas, que sus alfombras i cortinajes. Cuando me ven, aprecian con exajeracion sus comodidades i refinamientos. Vosotros no sabeis que el mal tiempo es menos malo si se le recibe que si se le observa.

Primos i hermanos míos! cuando os sentís desilusionados, viejos, enfermos i medio podridos con la gangrena de la codicia i la vanidad, pensais, al verme, que talvez bajo mis harapos yo sea feliz, porque tampoco tengo camisa como el labriego de la fábula. ¡Ai! hermanos i primos de mi corazón ¿no os proporciono

siquiera una alegría al haceros imaginar que la felicidad no es una vana palabra?

Contribuyo a traer la paz sobre la ciudad avara i abrumada por los remordimientos, i vos contribuís a darme la pereza i la libertad.

¡Santa pereza! madre de todos mis pensamientos; pasar i pasar de la sangre silenciosa corriendo por mis venas sin hastío ni esperanza! ¡Santa libertad, santa! Al viento me entrego como una hoja seca, al viento me opongo como una roca firme.

Antes de que os canseis de vuestras limosnas, yo me he cansado de vuestras miradas aviesas, de vuestra ciudad i su aire envenenado. Saldré a los suburbios i a los campos. A ellos no me lleva nada, pero parece que me llevara algo. Cómo sonrío, al creer que busco, cuando

bien sé que nada busco. Recibo, aguardo; mi placer es el acaso. ¡Ah! un caminante dormido, es una buena presa i no lo es mala un borracho fanfarron.

Soi modesto, no levanto gran ruido al andar por el polvo suelto de los caminos. Mas, los perros han de salir de todas las heredades a ladrarme con furia loca. ¡Miserables perros! El buei ara, el caballo arrastra el coche. Vosotros ¿qué haceis? Nada, cien veces nada. Para que se os crea útiles ladrais cuando se levanta la luna o pasa un mendigo. Ruines animales; sois mendigos sin libertad. Emponzoñada baba la vuestra. Las heridas que hicisteis en mis piernas se enconan a menudo. Rara vez diviso a vuestro único pariente noble, al perro vagabundo. La sarna se lo come, pero aun puede alimentar a tantas pulgas como hombres ali-

menta la tierra. Sus ojos son vivos e inteligentes i sus patas, que saben de la libertad, prefieren los senderos solitarios que van a campo traviesa.

No a los melosos caminantes, a ellos saludo: ¡Adios, hermanos!

Avanzada la tarde llegué a la ciudad. Para entrar esperaré que la noche me transforme en un bulto como otro cualquiera.

Aguardaré aquí al pie de estos muros de piedra todavía tibios. Las malezas rotas i tendidas, han sido siempre un blando i oloroso lecho.

Abajo pasa un rio turbio i amarillo: deben tener sed sus árboles polvorientos.

Pero ¿dónde estoy? Estos muros son los de una prision! Con las primeras sombras dan en lamentarse los presos i sueñan las cadenas contra las baldosas.

¿Quién les contesta? Son los centinelas que caminan entre las almenas por sobre la muralla. ¡Alerta! ¡Alerta! I suenan los manojos de sus gruesas llaves. Los centinelas dicen: «Tambien estamos presos. ustedes no pueden salir por nosotros; nosotros no podemos salir por ustedes». Los manojos de llaves suenan como las cadenas que se arrastran.

Quiero huir de este sucio lugar, de estas piedras tibias, de la ribera de este rio turbio! Pero mi cansancio, las heridas emponzoñadas hechas por los perros, son tambien mi cadena. Si quiero escapar, cómo crujen mis huesos!

¡Ah! maldita sea la noche en que pasaré escuchando los lamentos dañinos de los hombres presos i miserables.

LAS MALEZAS

Todo el año, de un invierno a otro invierno, las malezas luchan desesperadamente. Cuando en la tierra morena, cavada, cernida i limpia, no se distingue ni una hebra del pasto arrancado, jardineros, no creais haber vencido a las malezas. A ellas no les bastan vuestros cuadros, aparecen en los senderos. Son vagabundas, viven a la orilla de las aguas corrientes. Entre las piedras de las calles, en los muros de las casas, en las concavidades de las rocas, sobre los troncos podridos,

i en el agua que se detiene, viven su batalla con resolucion i porfía. Son las primeras yerbas que se enseñorean de una ruina, i las primeras flores que se abren sobre una tumba. Son modestas de tamaño, pero fuertes i resistentes a la helada i la sequía. Tienen flores tan pequeñas que algunas, como las flores del mastuerzo, no son capaces de contener una gota de rocío; pero los niños, que llevan los ojos mas cerca de la tierra, las prefieren, i ufanos, forman con ellas gruesos ramilletes. Porque son insignificantes nadie repara en la forma i color de sus pétalos i de sus hojas, i son mil veces mas variadas que las flores de los jardines mas soberbios. Sus semillas finas i abundantes, como nada esperan del hombre que las odia i las persigue, han aprendido a navegar sobre el agua, a volar en el viento,

a trepar sobre los animales, a valerse de los pájaros i de los insectos.

¿Qué desean? ¿Por qué tanta tenacidad? ¡Ah! mis amigos jardineros! todas las plantas han sido un tiempo maleza despreciable. Mas, a unas primero, a otras después, se les ha tocado con la curiosidad, el cultivo i la seleccion, algo así como un resorte oculto, i las yerbas vulgares comenzaron a dar hojas mas grandes, flores mas hermosas, frutos mas dulces.

Empero, tan pronto como esto aconteció, su tenacidad se hizo menor, sus semillas ménos abundantes i ménos hábiles; el sol se tornó temible; el agua fué mas necesaria, i toda su vida se trocó en perezosa i falta de voluntad, aunque cien veces mas llena de gracia i esplendidez.

¿Era esto lo que buscaba su energía de antaño? Es posible, porque ahora reposan i sonrien como ante un bien alcanzado.

Transeunte; no mireis con desprecio a un viejo jardin si lo inunda la maleza, porque cada una de ellas posee un resorte oculto que puede convertir su existencia en algo mas útil i mas bello.

Reparad en que el cielo es el aliado de todas las malezas.

Nunca podrás conseguir que la lluvia humedezca sólo las semillas que has sembrado; millones de otras ocultas aprovecharán sus aguas.

Cuando tú riegas ¿no sientes un goce mayor que cuando siembras? Tú no lo sabes, pero yo lo adivino: tu goce proviene de que el riego es mas justo i sabio que la siembra; él ampara tanta otra fuer-

za en accion, tanto deseo irrealizado,
tantas cosas que aguardan i que hacen
que siempre en el mundo, palpite una
nueva esperanza!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
28 DIC. 1962
Secc. Control y Cat.

ÍNDICE

PÁJ.

POEMAS MENORES

Los pájaros errantes.....	9
La pesca.....	13
El poema de la buena muerte.....	16
La tierra.....	20
Palabras.....	22

LOS SECRETOS

Mi canto.....	27
La alegría.....	29
La fatiga.....	31
El vuelo.....	33

OTOÑO

Otoño.....	37
La mujer fuerte.....	39
Los cabellos.....	41
La luna.....	45
Nuestro viejo amor.....	49
El recuerdo.....	51
Las palomas.....	53

	PÁJ.
Los brotes.....	55
El rumbo.....	57

EL MAR

El guijarro.....	61
La esperanza.....	63
Los exploradores.....	65
La despedida.....	67
El mar eterno.....	69
La libertad.....	72

INQUIETUD

Invocacion al olvido.....	77
Oracion al despertar.....	82
El deseo sin nombre.....	84

BREVES HISTORIAS

El heredero.....	91
El pájaro muerto.....	93
Las rosas.....	96

LOS NIÑOS

Respuestas a los niños.....	101
La buena mentira.....	104
Cancion.....	108

MALEZAS

Vagabundo.....	113
Las malezas.....	120